

JESÚS, EL LINGÜISTA DÍSCOLO

Lenguajes de Dios para el siglo XXI

Oigo un lenguaje desconocido

Salmo 81,6

I - La Teología, ¿es decepción?

Si hubiera que decir cuál de los diez mandamientos es el más relegado, se podría elegir el segundo: “No tomar el nombre de Dios en vano”. Esto marca una característica de nuestro tiempo: la realidad ‘Dios’ ha perdido para muchos aquello de misterio tremendo y fascinante, y así se entiende también el cambio de tono en nuestras expresiones. Pero no carguemos las tintas sobre los hijos de una cultura poco afecta a lo sagrado. Me gustaría que reflexionáramos sobre cómo hablamos de Dios los que creemos y estamos llamados a enseñar sobre Él.

Estilo es aquello que aparece en la superficie revelando lo profundo, haciendo transparente las actitudes interiores. Esto significa que, el modo es ya una cierta presentación del fondo. Además, a través del estilo se verifica -de alguna manera- la coherencia, la sintonía entre la forma y la materia tratada. Importante será entonces prestar atención al estilo de la Teología. Porque puede ocurrir –y de hecho ocurre-, que olvidemos quién es el centro de la sagrada ciencia. Es entonces cuando se pierde la piadosa unción del hijo, y se gana en tajante soberbia¹. Olvidamos que hacer Teología es *pensar el exceso*. En un siglo que nace amenazado por la chatura de lo “humano, demasiado humano” nos hace falta recuperar la trascendencia de Dios: su santidad, su gloria. Nos hace falta rumiar esta oportuna frase interdisciplinar de Tomás de Aquino: “La razón por la que se compara al filósofo con el poeta es que ambos tienen que ver con el asombro (*mirandum*)”². En efecto, el teólogo –que ha de ser tanto poeta como filósofo- tiene que admirarse, tiene que asombrarse en el sentido etimológico de ver “desde la sombra”³, desde la penumbra del misterio, que es la oscura noche de la fe.

Para no equivocar el camino, la Iglesia nos presenta “doctores”, es decir hermanos luminosos que no sólo enseñan con su doctrina, sino también –y aquí está mi punto- con su modo. Tomemos el caso de Juan de la Cruz en el Prólogo de la Subida al Monte Carmelo. Él no teme señalar su límite cuando dice que “era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que la mía”, y acota que “sólo el que por ello pasa sabrá sentir, mas no decir”⁴.

¹ Cfr. Balthasar, *Klarstellungen*, Johannes, Einsiedeln 1978, pág. 19: “...der Ansatz entscheidet. Der Denkstil (...) Das Klima entscheidet, auch in Theologie und Verkündigung”.

² Tomás de Aquino, *In Met I,3*; citado por J. Pieper, *Was heißt philosophieren?*; en: *Schriften* s. 15. “Causa autem, quare philosophus comparatur poetae, est ista, quia uterque circa miranda versatur”.

³ Asombro: a-sombra: a-sub-umbra.

⁴ Subida, Pról., 1. Quisiéramos señalar que el “tono” de los doctores revela su genuina humildad en cuanto profundamente eclesial: “Y si yo en algo errare, por no entender bien así lo que en ella como en lo que sin ella

Aquí nos detenemos. Podríamos ampliar esta perspectiva con ejemplos antiguos y contemporáneos, podríamos enriquecerla con matices diversos, pero preferimos explorar una cierta tensión que el místico ha deslizado. “*Sabrás sentir, mas no decir*”. En estas pocas palabras se compendia una larga historia en torno a la experiencia religiosa. Porque como dice Balthasar, “en todas las religiones se da un hastío de la palabra y una fascinación por el silencio”⁵. Y hasta hay quien ha llamado “decepción” a la teología, y “beatitud desesperante” a Dios⁶.

Entonces, ¿hablar o callar? Dios es ciertamente el ser de “cognoscibilidad inexhausta, el *mysterium imperscrutabile*”⁷; y el hombre, el oyente, tanto de Su Palabra como de Su silencio. Pero dado que Dios ha hablado, dado que ha roto su silencio, experimentamos la novedad de una Palabra densa, de un Logos cuya inteligibilidad contrasta con tanta vacua palabrería⁸. Porque también para el cristiano existe un “cansancio de la positividad”⁹; y sin embargo, es justamente “la positividad hasta el final lo que lo distingue aislándolo, en medio de la humanidad común”¹⁰. Pero no se trata ya de la propia palabra, sino de aquella puesta por Dios: “Cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mc 13,31). Desde la otra ladera Rilke nos confirma al justificar los versos por la “necesidad” del poeta¹¹. Esto mismo expresan los maltratados apóstoles: “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20).

II - Jesús, díscolo lingüista

Aquel “no poder callar” surge del encuentro con el Señor, con “la Palabra que amor respira”¹². Dice san Juan, que “a Dios nadie lo ha visto: el Hijo Unigénito, que está en el

dijere, no es mi intención apartarme del sano sentido y doctrina de la Santa Madre Iglesia Católica, porque en tal caso me sujeto y resigno no sólo a su mandato, sino a cualquier que en mejor razón de ello juzgare” (Op. Cit., Pról., 2). También en el Prólogo a “Llama de amor viva”: “Por ser de cosas tan interiores y espirituales para las cuales comúnmente falta el lenguaje, (porque lo espiritual excede el sentido), con dificultad se dice algo de la sustancia; también porque se habla mal en las entrañas, si no es con entrañable espíritu”.

⁵ Balthasar, *Palabra y Silencio*; en: *Verbum caro*, Ensayos teológicos I, Cristiandad, Madrid 1964, pág. 167.

⁶ Cfr. Rivas, *El conocimiento analógico de Dios en los santos Padres de Capadocia*; en: *Revista de Teología*, La Plata (1959) pág. 74: remite a Gregorio Niseno (PG XLIV 1037c) donde, al menos nosotros, no encontramos así dichas las expresiones; pero donde sí es recurrente el tema de la “desesperación”.

⁷ Rahner, *Oyente de la Palabra*, Herder, Barcelona 1967, pág. 119.

⁸ Mt 6,7: πολυλογία. “...hay palabras que cubren lo que nombran, son las palabras cotidianas, la charla, la habladuría”, H. Mugica, *Paraíso vacío*, Troquel, Bs. As. 1992, pág. 15. Cfr. el contraste en S. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* I, 107, 2: “Omnis Dei locutio est illuminatio” pero en los ángeles y en los hombres “non omnis locutio est illuminatio”.

⁹ “Hastío (Überdruß) del lenguaje, hastío de la palabra: así se puede describir formalmente lo que es la crisis actual del cristianismo, allí donde tiene su raíz más profunda”; G. Ebeling, *Einführung in die theologische Sprachlehre*. Tübingen 1971, 3; en: Vortrag von Michael Schneider auf der Kath. Akademie in Bayern an Fronleichnam 2003: *Romano Guardini: »Warum so viele Bücher?«* donde también se habla de un “cansancio del lenguaje creyente” (Müdigkeit der Glaubenssprache).

¹⁰ Balthasar, Op. Cit. 168. Hemos de ser discípulos del “Verbo revelador al que nada, ni siquiera los valores, puede reducir a la complicidad del silencio, porque el Paracleto en ellos, inspira palabras incoercibles” A. Manaranche; citado por H. de Lubac, *La fe cristiana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1988; pág. 334.

¹¹ Rilke, *Briefe an einen jungen Dichter* (n1), Diogenes Verlag AG Zürich 1997, pág. 14: “Esto ante todo: pregúntese en la más callada hora de la noche: ¿debo escribir? (...) y cuando usted pueda responder a esta sería pregunta con un firme y sencillo “debo”, entonces construya toda su vida según esta necesidad”.

¹² S. Tomás de Aquino, ST I, 43, a 5, ad 2: “el Hijo, es la Palabra, pero no una palabra cualquiera, sino la que espira amor”. Cfr. I *Sent*, d. 27, q. 2, a. 1; In Ioan., c. 6, lect. 5.

seno, nos lo ha contado: ἐξηγήσατο” (Jn 1,18). Él es, según la expresión griega, el exegeta, el que narra e interpreta¹³. Entonces, ¿qué otro lenguaje usar sino el que Él nos enseñó? Jesús es la Palabra hecha carne, y por eso toda su vida es, no sólo un libro que espera ser leído¹⁴, sino el nuevo idioma anticipado en el desconcierto del salmista: “Oigo un lenguaje desconocido”¹⁵. Podemos hacer una analogía entre Jesús y la Biblia. En la S. Escritura leemos determinados libros pero, además, encontramos el único acceso al hebreo antiguo como lengua. Del mismo modo, “estudiando” a Jesús por Él mismo, aprendemos toda una nueva manera de concebir el mundo y expresarnos. Él descifra para nosotros lo que Borges llamó “el secreto diccionario de Dios”¹⁶. Pero vale la pena escuchar el antiguo testimonio de santa Gertrudis (s. XIII):

“Coloca delante de mí, ahora, tu admirable abecedario... Enséñame en la experiencia qué es el glorioso Alfa de tu maravilloso amor. No me escondas el fructuoso Beta de tu real sabiduría. Muéstrame cuidadosamente... cada una de las letras de tu caridad, para que yo, con el ojo del corazón purificado por la verdad penetre hasta tus más escondidas delicias, y escrute, estudie, aprenda, sepa y conozca en cuanto es posible en esta vida los caracteres del celestial alfabeto”¹⁷.

Por eso, entendemos aquí “lenguaje” en sentido amplio. Se trata del acontecimiento, del fenómeno histórico que sin excluir los fonemas, los rebasa¹⁸. Y el aprendizaje suele ser arduo. Dice el evangelista que la Palabra “vino a los suyos y los suyos no la recibieron” (Jn 1, 11). Desde Adán y pasando por Babel, se había ido transmitiendo –por siglos- una gramática de pecado y de confusión, a través de usos de una lengua corrompida que se afianzaban, anquilosando el corazón del hombre. Por eso, la Palabra que respira amor debía sufrir (y sufrió) las maquinaciones de los impíos: “Pongamos trampas al justo que nos fastidia y nos echa en cara nuestros delitos” (Sab 2, 12ac)¹⁹. Entonces asistimos a la paradoja: la denuncia de solecismo. Sabrá la gente de letras que por esto se entiende “la falta de sintaxis; el error cometido contra las normas de un idioma” (DRAE).

El salvador, el restaurador del género humano (y de todo su lenguaje), el único que había hablado con el Padre, el eterno interlocutor que llevaba en sus entrañas las leyes de la sintaxis divina (Sal 40,9)... ¡acusado de heterodoxo!²⁰ “No queremos apedrearte por

¹³ Cfr. Balthasar, *Gott ist sein eigener Exeget*; IKZ Communio (1986) págs. 8-13; Cfr. Lc 24, 27.

¹⁴ “No tengas pena que Yo te daré libro vivo” (S. Teresa, Vida 26,6). Cfr. CCE n.134.

¹⁵ Sal 81,6c. La trasposición cristiana de Alonso Schökel-Carniti dice: “Jesús trae un mensaje nuevo, «desconocido»”; *Salmos II*, Verbo divino, Estella 1993, pág. 1073.

¹⁶ Borges, *El idioma analítico de John Wilkins*; en: *Otras Inquisiciones*; Obras Completas t.2, Emecé, Bs.As. 2005; pág. 91. “Cristo es (...) Traducción personal y verbal del Padre al mundo”; “Cristo es la expresión y explicitación del amor de Dios al mundo y sus actos son traducción de la ternura de Dios”, González de Cardedal, *La entraña del Cristianismo*³, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, págs 95-96.

¹⁷ *Esercizi di Santa Gertrude la grande*, O.S.B., Badia di Praglia 1924, E. 5; citado por: Chiara Lubich, *Ser la Palabra*, Ciudad Nueva, Bs. As. 1976; págs. 21-22.

¹⁸ Cfr. Rahner, *Oyente* 204-206.

¹⁹ La murmuración es digna de ser leída *in extenso*: “Pongamos trampas al justo, que nos fastidia y se opone a nuestras acciones; nos echa en cara nuestros delitos y reprende nuestros pecados de juventud. Presume de conocer a Dios y se presenta como hijo del Señor. Es un reproche contra nuestras convicciones y su sola presencia nos resulta insoportable, pues lleva una vida distinta de los demás y va por caminos diferentes; y presume de que Dios es su padre” (Sab 2,12-15.16d)

²⁰ “Sería ya hora de investigar de una vez la lógica formal del lenguaje y del pensamiento de la Palabra de Dios. En esta labor debería ponerse de manifiesto que las leyes formales del hablar y el pensar humanos no

ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios” (Jn 10,33). Blas-femar es “hablar mal”, y por extensión, di-famar: afectar la fama del buen Dios. Y es toda una muestra de la ironía joánica, que justamente Aquél que con toda verdad dijo “Yo te he glorificado” (Jn 17,4), sea señalado como réprobo.

En este contexto quisiera compartir con ustedes un pasaje que me lleva siempre a la reflexión. Dice el Evangelio que los compatriotas de Jesús, sus conocidos del barrio, “se escandalizaban de él- ἐσκανδαλίζοντο ἐν αὐτῷ” (Mc 6,3; Mt 13,57). La forma verbal es – elocuentemente- “voz media”, y significa “que tropezaban”, que –ayudándonos por la aliteración- “se tragaban el escalón”. Jugando con la imaginación, puede decirse que no veían la tarima del Maestro, pero era un asunto de ellos y no de Jesús.

Algo parecido ocurre en torno al llamado “discurso del Pan de Vida” en Jn 6. “Muchos de sus discípulos al oírle dijeron: ‘Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?’” (v. 60). Notemos que eran muchos los afectados, y es curioso el adjetivo por ellos usado: “duro”, σκληρός. El lenguaje no es fácil, pero la protesta suena como una proyección del interior²¹ que delata el verdadero problema; problema conocido por el profeta: “arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 36,27). A esta altura no nos sorprende la respuesta de Jesús: “¿Esto los escandaliza?” (v. 61). Nuevamente el verbo que remite a la piedra de tropiezo que llegará a ser piedra rechazada (Mt 21,42). Y prosigue Juan diciendo que “desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (v. 66). Pero ¿dónde está el anacoluto? Curiosamente, la inconsecuencia gramatical de Jesús patentiza la inconsecuencia existencial de esos que “ἀν-ακολουθεῖω” – se vuelven “no seguidores”²².

Con todo, el pasaje nos reserva todavía algo. Jesús se hace cargo de la situación, y reuniendo a los Doce, a su círculo íntimo, pregunta frontalmente: “¿También ustedes quieren irse?”. Pedro proclama la irreversibilidad de este nuevo idioma: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (v. 68). La lengua que Jesús enseña es distinta: está preñada de lo divino, ningún otro podría acercárnosla, y una vez gustada ya no se está dispuesto a abandonarla. Así captamos mejor lo que los sinópticos resaltan una y otra vez: “enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas: γραμματεῖς” (Mc 1,22). También podríamos traducir: “enseñaba con poder, y no como los gramáticos”.

¿Qué hace falta para asimilar la nueva lengua? Consciente de su novedad, las primeras palabras de Jesús en el evangelio según Marcos son un llamado al cambio: “Conviértanse y crean” (Mc 1,15); y así también Pablo exhorta a no “con-formarse con el mundo presente” (Rm 12,2). El verbo es συσχηματίζομαι, con-figurarse, seguir los esquemas, las reglas y cánones, en este caso caducos porque es un mundo (αἰῶν) de hoy

están eliminadas, pero sí elevadas por encima de sí mismas”; Balthasar, *El lugar de la Teología*; en: *Verbum caro* 199. Puede leerse con provecho un estudio de los solecismos cristianos en sentido estricto -del cual nos hemos inspirado utilizándolo en sentido lato- en: de Lubac, Op. Cit., cap. VIII (275-302).

²¹ Mt 19,8: σκληροκαρδίαν

²² Newman resume en un párrafo nuestro pensamiento: “No es fácil aprender el lenguaje nuevo que Cristo nos ha traído. Él ha interpretado todo para nosotros de un modo original. Nos ha traído una religión que arroja nueva luz sobre todo lo que ocurre. Intentad aprender este lenguaje. No lo convirtáis en rutina ni lo habléis como cosa mostrenca. Tratad de comprender lo que decís”, *Palabras irreales*: PPS V,3 (1839) en: *Esperando a Cristo* (Antología), Rialp Madrid 1997, pág. 89.

pero no de mañana. Y notemos cómo el tema reaparece en las últimas palabras del Maestro en el mismo evangelio de Marcos. En medio de un envío misionero escuchamos: “estos serán los signos que acompañarán a los que crean...hablarán en lenguas nuevas” (Mc 16,17). Y poco después el milagroso signo de Pentecostés: los discípulos “se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hch 2,4).

III - Palabras que respiran amor

En síntesis; más allá de las dificultades, hablamos de Dios porque sentimos una exigencia ineludible –“Ay de mí si no evangelizo” (1 Co 9,16). Sin embargo, sabemos que, ante todo, el nuestro ha de ser un lenguaje existencial: “Si hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe” (1 Co 13,1)²³. Ahora, inspirado por el episodio de Zacarías²⁴ y diversos milagros de Jesús en torno al habla, me permito proponer en pocas palabras lo que ha de ser nuestro lenguaje sobre Dios: alabanza y adoración.

Se trata de un binomio complementario. Como explica de Lubac: “la confesión de la fe se perfecciona en adoración silenciosa (...) Estos dos movimientos se necesitan mutuamente, y cada uno a su manera, constituye la prueba y la garantía de la victoria de la fe”²⁵. De muchas maneras expresa san Agustín la paradoja: “Cuando te aproximas y comienzas a vislumbrar a Dios, percibes algo que has dicho y, sin embargo, no has dicho”²⁶; “¿qué significa cantar alabanzas a Dios? No poder explicar con palabras lo que se canta con el corazón”; y concluye: “no te preocupes por las palabras, como si éstas fueran capaces de expresar lo que deleita a Dios (...) Porque, si [Dios] es inefable, no puede ser traducido en palabras. Y, si no puedes traducirlo en palabras y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo”²⁷.

La adoración, en efecto, es la reverencia que lleva a taparnos la boca (ad-oris). Pero este silencio crístico, tan bellamente plasmado en el adagio *Verbo crescente, verba deficiunt*, no implica regresión o vacío sino plenitud.²⁸ Es silencio de llegada, apropiado juego de secretos. “He rodeado a la Palabra/ con una frontera de silencio.../ ¡Que todo el que te ame/ alabe tu Ser secreto!”²⁹, exclama san Efrén.

²³ “Por ello ocurre necesariamente que, también en San Agustín, todas las palabras de la revelación se concentran en una única palabra, la caridad, que habla más por hechos que por palabras”; Balthasar, *Palabra y Silencio*; en: *Verbum caro* 177.

²⁴ Lc 1, 5-22.59-79. “Al principio tuvo que quedarse mudo para aprender el nuevo lenguaje de Dios”, J. Ratzinger, *Servidor de vuestra alegría*, Ágape Buenos Aires 2005, pág. 43. “... para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu” (1 Co 2,13).

²⁵ de Lubac, Op. Cit., 273.

²⁶ S. Agustín, *Enarr. In Ps.* 95,5-6;

²⁷ S. Agustín, *Enarr. In Ps* 32, serm. 1, 8: cfr. Lit. de las Horas IV – Oficio de lectura de s. Cecilia (22 de nov).

²⁸ De hecho, como reconoce Ortega y Gasset “los místicos han solido ser los más formidables técnicos de la palabra. Los más exactos escritores. Es curioso –y como veremos- paradójico, que en todos los lugares del mundo los clásicos del idioma, del verbo, hayan sido los místicos”; *Defensa del teólogo frente al místico*; en: *Ideas y creencias*, Espasa Calpe - Colección Austral; Bs. As. 1952, pág. 96.

²⁹ S. Efrén, *Himnos sobre el Paraíso*, n.4 (SC 137,68); citado en: de Lubac, Op. Cit., 269. Cfr. B. Forte, *El silencio de Tomás*, Paulinas, Bs. As. 1998: “A ti te alabe/el silencio// el silencio/de mí...”; pág. 63.

Es una vez más Agustín quien expresa la inquebrantable circularidad: “Líbrame, Señor, de la abundancia de palabras por cuya causa yo sufro en la intimidad de mi alma, que no es más que miseria a tus ojos, pero que se refugia en tu misericordia. Pues mi pensamiento no calla, aun cuando mi boca guarda silencio...”³⁰. Ahora entendemos un poco más aquel hablar de Dios como “beatitud desesperante”, y de la teología como “decepción”. Pero ¿qué alcance merecen esas expresiones? ¿Es lenguaje figurado o riguroso? En verdad, ese balbuceo de la debilidad humana que sucumbe ante la gloria de Dios³¹ es confesión, y por ende, verdadera teología “en el sentido más antiguo, más profundo, más necesario de la palabra”³². Es impulso de fe, adoración, éxtasis en Dios³³. Y así llegamos a una nueva paradoja cristiana: el verdadero discurso sobre Dios es un determinado silencio, una cierta incapacidad para hablar: la in-fancia. “De la boca de los niños de pecho has sacado una alabanza”³⁴. Entonces nuevamente la ruda lección: “¿Cómo puede uno nacer siendo viejo? ¿Puede entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?” (Jn 3,4). Y aunque nos cueste –como a Nicodemo- intentamos, porque nos damos cuenta de que en el fondo ésa es (y no otra) la propuesta fundamental: “Yo les aseguro: si no cambian y se hacen como niños, no entrarán en el reino de los cielos” (Mt 18,3, y par).

³⁰S. Agustín, *De trinitate*, 1, 15, c. 28, n.51. Citado en: de Lubac, Op. Cit. 273.

³¹Cfr. S. León magno: “succumbat ergo humana infirmitas gloria Dei, et in explicandis operibus misericordiae eius imparem se semper inventa”; *Sermo 11 de passione Domini*, c.1: citado por de Lubac, Op. Cit., 272.

³²de Lubac, Op. Cit. 272. También para Rahner es la teología en sentido primigenio un hablar divino y un escuchar creyente humano. Sólo en segundo término es especulativa: Cfr. Oyente 21-22 y 219-220.

³³de Lubac, Op. Cit. 326: “Aquella teología no tendrá fin, porque Dios es inagotable”.

³⁴Sal 8; además: “Sin que hablen, sin que pronuncien,/ sin que resuene su voz,/ a toda la tierra alcanza su pregón/ y hasta los límites del orbe su lenguaje” (Sal 17); y aunque en otro contexto, también aquí juegan los gemidos inefables ¡del mismo Espíritu! (Rm 8,26).